

heridos. En aquella ocasion fuí testigo de una cura extraordinaria: un jóven, pariente de Sahen, volvió sobre unas andas con la cabeza abierta de un tajo, con siete sablazos en el cuerpo y una lanza metida en las costillas. Inmediatamente se procedió á extraerle la lanza, que le salió por el lado opuesto; durante la operacion se volvió á mí y me dijo:

—“No tengas pena por mí, Abdalla, que de esta no moriré.”

Y alargando la mano cogió mi pipa y empezó á fumar tranquilamente, como si las nueve heridas abiertas estuviesen en otro cuerpo.

Al cabo de veinte dias estaba completamente curado y montaba á caballo como ántes; por único medicamento le habian dado á beber leche de camella mezclada con manteca fresca, y por único alimento algunos dátiles, igualmente mezclados con manteca.

De tres en tres dias le lavaban las heridas con orina de camello.—Dudo que un cirujano europeo con todo su aparato hubiese obtenido una cura tan completa en tan poco tiempo.

De dia en dia iba siendo mas seria la guerra; Abedd reunia a sus aliados para rodearnos, lo que nos obligó a ir a acamparnos en las arenas de Caf-ferié, donde no hay agua: las mugeres tenian que ir a buscarla al rio, en odres cargadas en camellos.

La gran cantidad necesaria para abreviar los ganados, hacia sumamente penoso este trabajo.

Al cabo de tres dias vinieron muy asustados los pastores á decirnos que los guerreros de Abedd se habian llevado ochocientos camellos, mientras los conducian al rio. El drayhy, para vengarse de este ultrage, mandó levantar el campo y avanzar rápidamente sobre la tribu el Chararah, resuelto a atacarla con todas sus fuerzas reunidas. Un dia y una noche anduvimos sin detenernos, y levantamos diez mil tiendas a media legua del campamento de Abedd. Una sangrienta y general batalla era entonces inminente, y así me aventuré á hacer una última tentativa para evitarla, si todavia era tiempo.

Los beduinos profesan el mayor respeto a las mugeres, y las consultan para todo. En la tribu el Chararah su influencia es todavia mas lata, pues en ella las mugeres mandan verdaderamente, y en lo general tienen mucho mas talento que sus maridos: Arquie, esposa de Abedd, pasa sobre todo por una muger superior.

Decidíme á ir á verla, y discurrí llevarle regalos de arracadas, brazaletes, collares y otras frioleras, y procurar de este modo ponerla en nuestros intereses. Habiendo tomado secretos informes para dirigir mis pasos, llegué á su tienda mientras se hallaba ausente su marido, que estaba celebrando



un consejo de guerra con uno de sus aliados. A fuerza de cumplimientos y de regalos, la reduje á sacarme ella misma la conversacion de la guerra, verdadero objeto de mi visita, que no manifesté, y entonces le espliqué las ventajas de la alianza con el drayhy, únicamente como que salia de mí y sin darme por autorizado á hablarle de ellas; díjele que el objeto de mi visita era la curiosidad muy natural de conocer à una muger tan célebre, que gobernaba á guerreros temibles por su valor; pero que necesitaban de aquella inteligencia superior para dirigir una fuerza brutal.—Durante nuestro coloquio, volvió su marido al campamento, supo mi llegada y envió á decir á Arquí que echase ignominiosamente al espía que estaba con ella, y que ya que los deberes de la hospitalidad contenian su brazo y le impedian vengarse en el dintel de su tienda, no entraria en ella hasta que saliese el traidor.

Arquí respondió con mucha altivez que yo era su huésped y que no se dejaria imponer la ley.

Púseme en pié y quise retirame, pidiéndole perdon del disgusto que le ocasionaba; pero sin duda tenia empeño en probarme que no le habia atribuido gratuitamente una influencia que no poseia, pues me retuvo por fuerza y salió para hablar con su marido. Volvió á poco, seguida de Abedd que me trató cortesmente, me dijo que le explicase las

intenciones del Drayhy, y, con aynda de su muger, logré ganar su confianza, tanto, que antes de acabarse el dia, él era quien me solicitaba para que le permitiera acompañarme á la tienda del Drayhy, cosa á que yo me resistia diciéndole que no me atrevia á presentarle al emir sin avisarle antes, porque estaba muy irritado contra él; pero le prometí abogar por su causa y enviarle en breve una respuesta.

Invitado por el Drayhy, pocos dias despues vino Abedd á poner su sello al pié del tratado, y á cangear los camellos que recíprocamente se habian cogido en la guerra. Terminado este arduo asunto de un modo tan satisfactorio, dejamos los arenales para ir á pasar ocho dias en el terreno Atterié, á tres horas del Tigris, junto á las ruinas del Castillo El Attera, donde hay abundantes pastos.

Luego continuamos nuestra marcha hácia el levante.

Encontramos un dia á un beduino montado en un hermoso dromedario negro: los jeques le saludaron con muestras de interés y le preguntaron cual habia sido el resultado de su desgraciada aventura del año anterior. Híceme contar su historia que me pareció bastante interesante para insertarla en mi diario. Aloain (que así se llamaba el beduino), habiendo salido á caza de gacelas, llegó á un terreno donde multitud de lanzas rotas,



de sables ensangrentados y de cuerpos muertos indicaban una reciente batalla:—un son lastimero que llegaba apenas á sus oídos le atrajo hácia un monton de cadáveres en medio del cual respiraba todavía un mancebo árabe. Aloain se da prisa á socorrerle, le monta en su dromedario, le lleva á su tienda, y con sus paternales desvelos le vuelve á la vida. Despues de cuatro meses de convalescencia, Farés, (este era el nombre del herido) habla de irse; pero Aloain le dice:

—“Si es preciso absolutamente que nos separemos, te llevaré hasta tu tribu y te dejaré en ella, con sentimiento; pero si quieres quedarte conmigo, serás como mi hermano; mi madre será tu madre, mi muger será tu hermana; reflexiona sobre mi proposicion y decide con detenimiento.”

—“Oh mi bienhechor, responde Farés, ¿dónde hallaré parientes como los que me ofreces? Sin tí yo no viviria a estas horas; las aves de rapiña se habrian comido mis carnes, las fieras habrian devorado mis huesos; pues quieres que me quede contigo, me quedaré, pero será para servirte toda mi vida.”

Un motivo ménos puro, que no se atrevió á confesar, habia decidido á Farés, y era el amor que empezaba á inspirarle Hafza, la muger de Aloain, que le habia asistido en su enfermedad y que no tardó en corresponder a su amor.

Un dia Aloain, que no abrigaba la menor sospecha, encargó á Farés que escoltase a su madre, á su muger y á sus dos hijos, hasta un nuevo campamento, miéntras él iba á caza. No pudo Farés resistir á aquella funesta ocasion, cargó la tienda en un camello, colocó en ella á la madre con los dos niños, y los envió adelante, diciendo que pronto los seguiria con Hafza á caballo,—pero en vano volvió la cabeza muchas veces la vieja; porque Hafza no llegó.

Farés se la habia llevado en una yegua velocísima á su tribu.

Por la noche llegó Aloain rendido de la caza: buscó inútilmente su tienda entre las de su tribu; la anciana madre no habia podido levantarla sola, y así la encontró sentada en el suelo con los dos niños.

—“¿Dónde está Hafza?” preguntó.

—“No he visto ni á Hafza, ni á Farés, respondió la madre, y desde esta mañana los estoy aguardando.”

Entonces por primera vez sospechó la verdad, y habiendo ayudado á su madre á levantar la tienda, partió en su dromedario negro y corrió dos dias hasta llegar á la tribu de Farés.

A la entrada del campamento, paróse en la tienda de una vieja que vivia sola.

—“¿Por qué no vais á ver al jeque? le dijo esta



hoy hay gran funcion; Farés Ebn Mihidi, que quedó hace tiempo por muerto en un campo de batalla, ha vuelto trayéndose una muger muy hermosa y esta noche se celebra la boda.

Disimuló Aloain y aguardó á que cerrase la noche; cuando todos estuvieron dormidos, se introdujo en la tienda de Farés, le corta la cabeza de un sablazo y saca el cadáver de la tienda; vuelve en seguida atrás, encuentra á su muger dormida y la despierta diciéndole:

—“Aloain es quien te llama, sígueme.”

Levántase ella temblando y le dice:

—“¡Imprudente! Farés y sus hermanos van á matarte, huye!

—“¡Pérfida! repuso el ultrajado marido. ¿Te he dado nunca el menor disgusto? ¿Te he dirigido la menor reconvencion? ¿Has olvidado el amor que siempre te he tenido? ¿Te has olvidado de tus hijos? Ea, levántate, invoca á Dios, sígueme y maldice al diablo que te ha movido á hacer esta locura.”

Pero Hafza, en vez de dejarse enternecer por la dulzura de Aloain, le repite:

—“Sal de aquí, vete, ó llama á Farés para que te mate.”

Viendo que nada podia obtener de ella, la coge, le cierra la boca y se la lleva a viva fuerza en su dromedario.

Al rayar el dia, el cadáver de Farés y la desaparicion de su muger ponen al campamento en gran confusion: el padre y los hermanos del muerto persiguen y alcanzan á Aloain, que se defiende con heroico brio; Hafza logra desasirse, se une á los agresores, y le enviste á pedradas, una de las cuales le da en la cabeza; cubierto de heridas, Aloain logra sin embargo rendir á sus adversarios: mata á los dos hermanos y desarma al padre, diciendo que seria una vergüenza para él matar á un viejo; despues de devolver á este su yegua, coge de nuevo á su muger, prosigue su camino y llega á su tribu sin haber hablado con ella una sola palabra: entonces reúne á todos sus deudos, y colocando á Hafza en medio del corro, le dice:

—“Cuenta tú misma todo lo que ha pasado; me remito al juicio de tu padre y de tu hermano.” Hafza contó la verdad, y su padre, lleno de indignacion, le cortó la cabeza de un sablazo.

Llegado que hubimos de etapa en etapa á unas cuatro horas de Bagdad, el señor Lascaris pasó secretamente á esta ciudad para ver al cónsul de Francia, M. Adriano de Correncé, y negociar con él el préstamo de una crecida suma.

El dia siguiente, despues de haber atravesado el Tigris en Machad, íbamos á establecernos junto al rio El Cahaun, cuando supimos que habia una encarnizada guerra entre los beduinos que toma-



ban partido por ó contra nuestra alianza: Entónces jeque Ibrahim instó al Drayhy á no detenerse, y le aconsejó que fuésemos á reunirnos cuanto antes con nuestros aliados. A consecuencia de este consejo, fuimos á acamparnos junto á varias fuentejillas en El Darghuan, á veinte horas de Bagdad, y el dia siguiente cruzamos una gran cordillera; como teníamos que andar mucho por unos ardientes arenales donde no se hallan aguas ni pastos, tomamos la precaucion de llenar nuestras odres. Cuando llegamos á las fronteras de Persia, encontramos un mensajero de la tribu El Achgaha, portador de una carta del gefe Dehass que reclamaba la asistencia del *padre de los heroes, del caudillo de los temibles guerreros, el poderoso Drayhy*, contra sus enemigos, dueños de quince mil tiendas. Hallábamonos entónces a seis jornadas de aquella tribu, y habiendo dado orden el Drayhy de continuar la marcha, atravesamos esa distancia en tres veces veinticuatro horas, sin pararnos ni aun para comer. La mayor fatiga de aquella marcha forzada caia sobre las mugeres, encargadas de hacer el pan y de ordeñar las camellas andando.

La organizacion de esta cocina ambulante era bastante curiosa; a distancias determinadas se hallaban unas mugeres que se ocupaban en ella sin tregua; la primera montada en un camello cargado de trigo, tenia delante de sí un molino de mano;

una vez molido el trigo, pasábale la harina a la que tenia inmediata, que la amasaba con el agua que llevaba en las odres colgadas de su camello, la pasta pasaba a manos de otra muger, que la hacia cocer en forma de bollos en un escalfador con leña y paja, y ella misma distribuia estos bollos a la division de guerreros que estaba encargada de mantener, y que iban, de minuto en minuto, a reclamar su racion. Otras mugeres iban junto a las camellas para ordeñar la leche en *cadahs* (cuencos de madera que contienen dos azumbres), y que iban pasando de mano en mano. Los caballos comian andando, en unos morrales que llevaban pendientes del cuello; cuando queria alguno dormir, se tumbaba a la larga en su camello, metidos los piés en las alforjas para no caerse; el lento y compasado paso de los camellos convida al sueño, como el vaiven de una cuna, y nunca he dormido mejor que durante aquel viage. La muger del emir Farés parió, en su handag, un hijo, que llamaron Harma, del nombre del sitio por donde pasábamos cuando nació, que era el punto de union del Tigris y el Eufrates. Poco despues se nos reunieron tres tribus, el Harba, el Suallemé y el Abdellé: siete mil tiendas teníamos cuando salió Dehass a recibirnos. Este imponente auxilio le tranquilizó: dimosle una cena magnífica, y en seguida puso su sello al pié de nuestro tratado.

Todavía estaba el enemigo a una jornada de dis-



tancia y como nuestros caballos y nuestra gente tenían gran necesidad de descanso, el Drayhy mandó que nos detuviésemos dos días; pero no nos concedieron los agresores esta deseada tregua. Apenas les llegó la noticia de que nos acercábamos, pusieronse en marcha, y al día siguiente, treinta mil hombres estaban acampados a una legua de nosotros. Inmediatamente hizo el Drayhy avanzar su ejército hasta la orilla del río, temeroso de que quisiesen interceptarnos el agua, tomamos posición junto a la aldea El Hutta.

Al día siguiente envió el Drayhy una carta de conciliación a los caudillos de las cinco tribus que venían a atacarnos, (1) pero esta tentativa de nada sirvió; la respuesta fué una declaración de guerra cuyo estilo nos probó claramente que nuestras intenciones habían sido calumniadas y que aquellos caudillos obraban movidos por una mano estrangera.

Jeque Ibrahim propuso enviarme cerca de ellos, con regalos, para ver de obtener una explicación, y tan bien habían salido hasta entonces mis embajadas, que acepté con placer, y salí con un solo guía; pero apenas llegué delante de la tienda del

(1) Las tribus El Fedhay, caudillo Douockhry; El Modiann, caudillo Saker Ebn Hamed; El Sabha, caudillo Mohdi Ebn Hud; Monayegé, caudillo Bargiass; Mehayede, caudillo Amer Ebn Noggies.

Mahdí, que se hallaba la primera, la vanguardia de los beduinos se arrojó sobre nosotros como fieras, nos despojó de nuestros regalos y de nuestros vestidos, nos puso grillos en los piés y nos dejó desnudos sobre la ardiente arena. En vano supliqué que me dejasen explicarme, pues me amenazaron con matarme en el acto si no me callaba. Pocos momentos despues ví llegarse a mí al pérfido Absi, el buhonero, y entonces comprendí la causa de aquel inaudito tratamiento; el malvado había viajado de tribu en tribu para suscitarnos enemigos, Su vista me inflamó de una cólera tal, que sentí renacer mi abatido aliento, y me hallé pronto á morir valerosamente si no podía vivir para vengarme. Acercóse a mí, y [escupiéndome en la cara:

—Perro infiel, ¿de qué modo quieres que separe tu alma de tu cuerpo?

—Mi alma, le respondí, no está en tu poder; mis días están contados por el Dios grande; si deben acabar ahora, poco me importa de qué modo han de acabar; pero si debo vivir aún, ningún poder tienes para hacerme morir.

Retiróse de nuevo para ir a escitar a los beduinos contra mí, y en efecto, todos, hombres y mugeres, vinieron a mirarme y a llenarme de vituperios; unos me escupían en la cara, otros me tiraban arena a los ojos; algunos me pinchaban con sus djerids; en fin, veinticuatro horas me tuvieron sin



comer ni beber, pasando un martirio imposible de describir. Hacia el anochecer del segundo dia, un jóven, llamado Lahour, se acercó a mí y ahuyentó a los muchachos que me martirizaban; ya habia yo reparado en aquel mozo, porque de cuantos ví durante el dia, él solo no me habia dicho injurias. Ofrecióme traerme pan y agua despues de ya entrada la noche.

—El hambre y la sed me importan poco, le respondí dándole gracias; pero si podeis sacarme de aquí, os recompensaré generosamente.

Prometióme intentarlo, y en efecto, a media noche vino a verme, provisto de la llave de mis grillos, de que tuvo bastante maña para apoderarse mientras cenaban los gefes. Abriólos con mucho tiento, y sin detenerme siquiera a vestirme, me volví corriendo a nuestra tribu.

Todos dormian en el campamento, escepto cuatro negros que estaban de centinela a la entrada de la tienda del Drayhy; lanzaron un grito al verme y fueron a toda prisa a despertar a su amo, que vino con Jeque Ibrahim: ambos me abrazaron llorando, y recompensaron ámpliamente a mi libertador. El Drayhy se manifestó muy affigido del trato que me habian hecho sufrir; aquella violacion del derecho de gentes le indignaba. Inmediatamente mandó hacer los preparativos del combate, y al amanecer echamos de ver que lo mismo habia hecho el

enemigo. El primer dia, la victoria estuvo indecisa; Auad, caudillo de la tribu Suallemé, perdió su yegua, por la que habia rehusado veinticinco mil piastras. Todos los beduinos tomaron parte en su aficcion, y el Drayhy le dió uno de sus mejores caballos, muy inferior sin embargo á la yegua que le habian matado. Al dia siguiente continuó la batalla con mas encarnizamiento que la víspera, y perdimos mas gente que el enemigo. Como no teniamos mas que quince mil hombres que oponerles, fuerza era proceder con suma prudencia; cuarenta de los nuestros habian caido en su poder, y nosotros no habiamos cogido mas que quince prisioneros; pero entre ellos se hallaba Hamed, hijo del caudillo Saker. En ambos bandos se pusieron esposas y grillos á los cautivos.

Despues de aquellos dos dias de combate, hubo una tregua tácita de tres dias, durante la cual los ejércitos estuvieron uno enfrente de otro sin hacerse ninguna manifestacion hostil. El tercer dia, el jeque Saker, acompañado de un solo hombre, vino a nuestro campamento, inquieto por la suerte de su hijo, valeroso mancebo, adorado de toda su tribu, venia a ofrecer un rescate. Hamed habia sido muy bien tratado entre nosotros; yo mismo le habia vendado las heridas. Recibió el Drayhy á Saker con mucha cortesía, y este, despues de las atenciones de costumbre, habló de la guerra, manifes-